



Sta. Cruz de Tenerife, Noviembre 30 de 1846.

Sr. D. \* \*

*Incorrupta fides, nudaque veritas.*

Muy estimado Sr. mio y amigo: V. desea dé yo al público los diálogos que leimos antes de separarnos.

¿Y que cree V. se conseguirá con esa publicacion?— ¿Estudiarán de nuevo los que han encanecido ejerciendo esa medicina de plantilla, única de que son capaces los ecos de los sistemáticos? ¿Se harán honrados, y dejarán de intrigar contra los verdaderos médicos, aquellos individuos que, tan faltos de ciencia como de honradez, todo se lo deben á la bajeza y á la intriga?—No es mas fácil curarse de los vicios del corazon que de las preocupaciones del entendimiento; particularmente cuando el hombre ha llegado ya á cierta edad.

Quien por pereza ó incapacidad se aferra á este ó aquel sistema exclusivo para ejercer la medicina, no tiene sino una sola idea (ó cuando mucho dos) que á todo aplica. ¿Que ha de resultar?—Mueren varios enfermos que no debian morir, y la mayor parte de los que escapan es porque la naturaleza con sus saludables esfuerzos triunfa frecuentemente de la enfermedad y de los desatinos del pretendido médico.— ¡Pero que multitud de ardides, mas ó menos inmorales, tienen que poner en juego semejantes hombres, para tapar sus continuos desaciertos, y pasar por verdaderos profesores!!!

Son muchas las causas de las enfermedades. Son muchas las lesiones á que están sujetos nuestros órganos, nuestros humores y las fuerzas que los animan. Son muy varias

las indicaciones que nacen de esas fuentes indicativas. Y como cada caso de enfermedad es un nuevo problema que el médico tiene que resolver, de aqui la variedad de planes curativos, segun los elementos que entran en la composicion del mal, la edad del enfermo, su temperamento, sexo; segun su régimen de vida, clima que habita, pasiones á que está sugeto etc. etc.

Ahora ¿serán capaces de cumplir con las sagradas obligaciones del médico aquellos individuos cuya ciencia puede escribirse toda sobre una carta de baraja?

Y eso es, por desgracia, lo que mas abunda en la sociedad. Asi vemos que hay ciertas medicinas de moda, como hay sombreros, pantalones y casacas de moda. ¡Que absurdo! ... Pero hay tambien ciertos amaños, con los que se dá á ese y otros absurdos una apariencia científica.

Fiel yo á la observacion y á la esperiencia de los siglos, he visto (por ejemplo) en la calentura amarilla, que se ha padecido aqui últimamente, indicaciones muy varias. ¡Quien creería que ese modo de ver sirviese á ciertas personas de pretexto para calumniarme!!!

El contagio productor de aquella calentura afectaba las fuerzas vitales, los órganos y los humores de muy diferente modo, segun el temperamento, sexo, edad, tenor de vida, etc. de cada individuo.

Asi, usé, con el mas feliz éxito, de las sangrias, de los vomitivos, de los purgantes, de los diaforéticos, del ópio; etc.

Solamente un enfermo se desgració, de los que yo visité. Estaba en la clase, poco numerosa, de los que necesitaban vomitivo. Yo se lo dispuse, para despues purgarle. Pérfidas inspiraciones le impidieron tomar las medicinas. El sexto dia de la enfermedad murió. La causa de su muerte fué la putridéz que el material bilioso, (siempre existente en el estómago é intestinos) produjo.

Pero si yo me hubiera empeñado en dar ópio á todos mis enfermos, y nada mas que ópio; ó vomitivos, y nada mas que vomitivos; ó purgas y nada mas que purgas; ó en sangrarlos sin misericordia ¿no es verdad que muchos de ellos hubieran fallecido?

Habr  quien diga que con todos los métodos imagina- bles sanan y mueren los enfermos; y eso es verdad. Por bue- no que sea el método, si la enfermedad es muy superior   las fuerzas de la naturaleza, el enfermo sucumbe: pero aunque las aplicaciones sean absurdas, si la enfermedad no es grave, y el enfermo es robusto, este escapa, generalmente.

Me preguntar  V.  y, en ambos casos, no habrá algun medio para descubrir si el método es bueno   malo?

Le hay, mi amigo. 1.  En las enfermedades incurables los remedios bien aplicados alivian casi siempre al enfermo, que no se halla ya en los últimos días. Mal aplicados,   no le alivian,   aumentan sus padecimientos, y aceleran el t r- mino fatal.

2.  En las enfermedades curables, en las enfermedades benignas especialmente, una prueba evidente de que se las ataca desatinadamente es ver que no se sigue ningun alivio duradero   la aplicacion de las medicinas; que el mal empeora siempre; que la naturaleza no le sacude sino despues de vio- lentos y repetidos esfuerzos. Esto prueba que el p tendido médico, lejos de haberse puesto de parte de la naturaleza, trabaj , con su impericia, en favor del mal. De ahí las con- valecencias interminables, las recaidas, etc. etc.

Pero en esta última clase de enfermedades (las curables, graves   leves), si el plan curativo está bien c culado, suce- de, generalmente, que   la accion de cada remedio se sigue un alivio mas ó menos notable; la mejoría es rápida, parti- cularmente de ciertos días en adelante; y la convalecencia es casi siempre segura.

Asi debe suceder: porque el médico digno de este t tu- lo, no hace otra cosa que imitar   la naturaleza; y   la ma- nera que esta termina las enfermedades con hemorragias, con vómitos, con cámaras, con sudores, etc. etc.; del mismo mo- do el p ctico, hombre de tino, las cura,   pone en camino de pronta curacion, con sangrías, con vomitivos, con purgas, con sudoríficos, etc.: aplicando cada uno de estos remedios en el caso en que est n indicados, y en el momento oportuno.

Si decimos, y con mucha razon, que la naturaleza ter- min  la enfermedad de Pedro   de Juan con una hemorragia,

con un sudor, ó con una diarrea, y esto por que vemos que la mejoría se siguió inmediatamente á aquellas evacuaciones ¿porqué no hemos de confesar que el médico curó con la sangría, con los sudoríficos y con las purgas, cuando observamos el mismo resultado?

Mas si la sangría, los sudoríficos y los purgantes curan las enfermedades ¿por qué le hemos de negar esa preeminencia al vomitivo, cuando está bien indicado y se administra en el momento oportuno?

Ahí estan los enfermos á quienes lo administré en la calentura amarilla: ni uno solo se desgració; todos convalecieron rápidamente. Se desgració el que no lo tomó. Se desgració, víctima, quizá, de una intriga.

¿Cómo pues ha habido hombres que, queriendo pasar por médicos, tanto han hablado contra los vomitivos que yo recetaba, y no han temido el terrible desmentido que dan los hechos?—Es muy propio de cínicos desafiar el ridículo.

Mis censores, aferrados siempre al ya caduco sistema de Mr. Broussais, no ven en todas las calenturas sino irritaciones, inflamaciones gastro-intestinales, siempre de la misma naturaleza. Si semejantes Doctores han curado la calentura amarilla, no se parecen poco al *Villano Caballero* de Moliere, que hablaba prosa sin saberlo. (1)

(1) Lastima es que esos Doctores (ya que no querian tomarse el trabajo de leer las obras clásicas de M. M. Berthe, Foderé, etc.) no se hubiesen resuelto á consultar con los grumetes de la carrera de América: muy útiles hubieran sido las observaciones y la experiencia de aquellos infelices á los que les desprecian, enorgullecidos con un par de enormes borlas.

La calentura amarilla tiene tres periodos: 1.º el nervioso; 2.º el bilioso; 3.º el pútrido.

Los sintomas que, (para ojos no facultativos) mejor caracterizan á ese terrible mal son: 1.º el color bilioso de los ojos y cutis; 2.º el vómito prieto.

Pero estos sintomas no se presentan sino en el segundo y tercer periodo de la enfermedad.

Mas el hombre sensato é imparcial que vé á cien enfermos con el vómito prieto, y á quinientos con el color de que antes he hablado, asegura, con mucha razon, que reina la calentura amarilla en el pueblo donde se observan esos fenómenos.

La irreflexion le arguye con los seis mil enfermos en quienes no se ha presentado ni el color icterico, ni el vómito prieto. Pero él contesta: 1.º que, en casi todas las epidemias de calentura amarilla, la grande mayoría de los enfermos sana al fin del primer periodo; 2.º que en Sta. Cruz de Tenerife ha debido suceder eso con mas razon en el año presente, pues la epidemia ha sido benigna: sin duda por no haberse experimentado calores notables en los meses de Setiembre y Octubre, y por haber dominado las brisas.

Pero es mas natural creer que habiendo atacado la calentura con suma benignidad á las nueve décimas partes de los enfermos, la naturaleza fué quien los curó. Hay dos hechos que prueban incontestablemente esta verdad: 1.º ninguno de los individuos que llegaron á un estado de notable gravedad al periodo pútrido, escapó en manos de los exclusivistas. 2.º otros sin estar, ni con mucho, tan enfermos habiendo llevado sus dos y tres sangrias de lujo, arrastraron durante semanas y semanas una existencia miserable.

A ninguno de los enfermos á quienes yo administré vomitivo sucedió, ni llegar al periodo pútrido, ni tener largas y penosas convalecencias: todo lo contrario.

Ahora ¿no es mas que probable que si los sugetos que (por espíritu de pandilla, ó de sistema, como se quiera) tanto me han criticado; si esos sugetos hubieran sabido evacuar á sus enfermos en los momentos oportunos, muchos de la primera clase existirian, y los de la segunda, ni hubieran padecido tanto, ni hubieran estado espuestos á peligros, que los que ejercen la medicina deben saber evitar?

Repito que de los enfermos que yo visité pocos necesitaron *el vomitivo farmacéutico*; á pocos lo administré. Pero cuando se presentó la indicacion de este remedio, esa indicacion fué urgente, fué imperiosa. Ninguno de los enfermos que lo tomaron falleció. Todos convalecieron rápidamente.

Lo mismo me sucedió con los purgantes suaves, de que usé con mas frecuencia.

Advierta V, mi amigo, que cuando la enfermedad empezó, se manifestó en muchos pacientes con frecuentes vómitos y cámaras pituitoso-biliosas. Estas evacuaciones eran críticas: y con ellas se terminaba completamente el mal. Asi se observó en casi todos aquellos individuos que desde luego se entregaron á los saludables esfuerzos de la naturaleza. Los sugetos, que, acudiendo á ciertos Doctores, consintieron en suprimir esas evacuaciones críticas con cocimientos blancos, no salieron, ni con mucho, tan bien librados.

En fin, los pacientes que, ó por si mismos, ó bajo la direccion de algun Doctor mas despreocupado, hicieron abundante uso de aceites, y evacuaron copiosamente por el

vómito y cámara, escaparon, generalmente, bien de sus apuros. (1)

¿Que dirán ahora los Zoilos médicos contra la autoridad irrecusable de la observacion y de la experiencia?— Y notese que esta experiencia, en cuanto á los vomitivos, no es solamente la mia: yo mismo la tendria por muy poca cosa. Esta experiencia es la de prácticos consumados, cuyo exemplo he seguido. Esta experiencia se puede ver resumida en la excelente obra de Mr. Foderé sobre las epidemias y la higiene pública, tomo 4.º, página 274.

Ya me parece oigo decir á V., mi estimado amigo, que yo sigo con demasiado rigor mi máxima predilecta:

*Incorrupta fides, nudaque veritas.* (2)

---

(1) En los meses de Setiembre y Octubre: porque en Noviembre ya no han bastado esos evacuantes; ni se ha abusado de las sangrias tan impunemente como antes. De ahí es que el número de muertos ha sido muy considerable, comparado con el de los enfermos, que ya eran muy pocos, particularmente en los últimos quince dias.

Los médicos de Sevilla observaron (en 1800) que los purgantes (y todavía mas los vomitivos) tan perjudiciales en los primeros tiempos de la epidemia, cuando se administraban á todos los enfermos, como remedios universales, fueron al fin, no solamente útiles, sino indispensables para la mayor parte de los pacientes.

El estado de la admosfera habia cambiado; y esta mudanza dió nuevo carácter general á la enfermedad. ¡Cuan funesta hubiera sido, para los que entonces la padecian, una ciega obstinacion de los facultativos en no administrar vomitivos ni purgas, porque estos medicamentos, mal administrados en otra época, habian producido males palpables!!!

(2) Si triunfan las personas que, sobre el asunto que nos ocupa, se han manifestado constantemente opuestas á esta máxima, estamos muy espuestos á que la calentura amarilla se haga endémica en las islas Canarias, y llegue á ser este el mas miserable de todos los paises conocidos.

Por lo mismo es ya tiempo de que las autoridades de la provincia tomen medidas severas, á fin de evitar el espantoso porvenir que amenaza á las islas, en otro tiempo afortunadas.

Se debió ahogar el contagio en el Lazareto. Pero no se hizo así. Estendida la enfermedad por toda la Capital, é importado el contagio á otros puntos de la provincia, (notese que el contagio de la calentura amarilla, aunque no tan destructor como el de la peste, se propaga con mucha mayor rapidez) era un deber no consternar los ánimos, porque esta consternacion hubiera aumentado incalculablemente la calamidad que nos afligía.

Mas hoy es indispensable nombrar las cosas con sus verdaderos nombres, para que la falsa prudencia no cause á los habitantes de este archipiélago males irreparables.

Sin temor á los criminales esfuerzos que se emplean para ocultar la verdad, un médico buen ciudadano debe imitar el grito sublime del inmortal D<sup>r</sup> Assas: A MOI, AUVERGNE, CE SONT LES ENNEMIS!

Pero nunca podré olvidar lo que el sabio Mr. Berthe nos decia en sus lecciones de terapéutica, hablandonos de las ideas exclusivas, y de los mezquinos planes de cura que la ciega rutina funda en esas ideas:—“Cuando se trata de objetos que tanto interesan á la humanidad, es necesario tener una franqueza y un valor sin reserva, no cediendo á otro impulso que al de la conciencia y el honor.”

En cuanto á los diálogos, los publicaré, cediendo al empeño de V.—Quizá los leerán algunos jóvenes que, andando el tiempo, se dediquen al estudio de la medicina. Si se convencen de que en esta carrera los sistemas exclusivos solo conducen á la nulidad mas absoluta, ó al mas inmoral y despreciable charlatanismo, V. y yo, mi amigo, habremos hecho un servicio muy grande á nuestros conciudadanos de este archipiélago.

Es de V., como siempre, afectísimo, atento servidor y amigo, Q. B. S. M.

M. V.

